

EL MALTÉS EN MADRID.

24



PRIMERA PARTE,

En la que se da cuenta y declara una prision que hizo la santa Inquisicion en la Corte de Madrid, de tres hombres y dos mugeres que habian dado muerte á muchas personas, de las que algunas se ballaron en sal y otras consumidas; y como se descubrió por un caballero Maltés, con quien querian egecutar lo mismo: con todo lo demas que verá el curioso Lector.

Emperatriz de los cielos,
Madre de Dios soberana,
concede á mi entendimiento
vuestro auxilio y vuestra gracia,
para que pueda explicar
la crueldad mas inhumana;
y para no dilatarme,
pasemos á la substancia.
En la corte de Madrid,
aplaudida y celebrada,
donde se ostenta con triunfo
la silla Regia de España,
aquí asiste un Caballero,
que aunque es natural de Malta,
por unos ciertos negocios
en esta Corte se halla,
y por ser el pleito largo
ha tomado asiento y casa,

con todo lo necesario
de criados y criadas.
Jueves santo por la tarde
con un criado en compañía
á visitar las iglesias
salió, y á corta distancia,
al revolver una esquina,
encontró con una Dama,
hermosa cuanto discreta,
muy compuesta y adornada,
y una criada detrás,
que á esta Señora acompaña;
llegándose al Caballero,
le dice aquestas palabras:
Señor, si como lo muestra
vuestro afecto y vuestra fama
sois noble, no dejareis
de otorgarme una demanda.

Yo de mi casa he salido
sola con esta criada,
voy á andar las estaciones,
como devota cristiana,
y porque parece mal
caminar sola una Dama
de mi porte, yo os suplico
que vengais en mi compañía.
Respondió el Maltés bizarro:
pues que yo no pierdo nada,
porque yo tambien camino
á la misma circunstancia,
iré, Señora, sirviendo
de norte á vuestra esperanza.
Los cuatro caminan juntos
con mucho amor y compañía,
visitaron cinco templos,
y del último en la grada
volvió el rostro el Caballero
y la dice: bella Dama,
pues que va hemos visitado
los cinco templos que manda
la Iglesia para ganar
la indulgencia plenaria,
quedad con Dios, porque tengo
un cuidado de importancia.
Dijo la Dama, Señor,
hasta dejarme en mi casa
importa me acompañeis,
pues vuestra persona hidalga
no ha de consentir que yo
quede aquí desamparada,
porque ya va anocheciendo
y está lejos mi posada:
á fuer de ser Caballero
le fue fuerza acompañarla.
Cruzan calles y callejas,
y por fin llegan á casa:
se despide el Caballero
segunda vez, y la Dama
con mil fingidos cariños,
y con muy dulces palabras,
le ruega que suba arriba
porque la merienda aguarda.

Dió el Caballero disculpa,
diciéndole que ayunaba.
Pues suba usted, replicó,
tomará vizcochos y agua,
que no romperá el ayuno
una materia tan parva;
y por no ser descortés
entró sin hablar palabra.
Quedó el criado á la puerta
á esperar que su amo salga:
subió el Caballero arriba,
y en una muy rica sala
lado por lado se sientan,
y ella mandó á la criada,
que trajese unos bizcochos,
y de buen vino una taza.
Luego que lo hubo traido,
con mil súplicas alcanza,
que beba un vaso de vino,
ya que de comer rehusaba.
Dieron fin á la merienda
platicando cosas variadas,
cuando de improviso vieron
por la puerta de la sala
entrar á tres embozados
sin hablar una palabra.
Empiezan á pasearse
los tres juntos por la cuadra:
esto que vió el Caballero,
volvió la cara á la Dama,
diciéndola: ya, Señora,
es hora de que me vaya,
y sacando su relox
de plata sobredorada,
ha dicho: las ocho son,
y hago gran falta en mi casa.
No seais de esa manera,
ha respondido la Dama,
de nada tengais recelo
que son criados de casa,
luego en cenando os ireis.
Y estando en estas palabras,
un embozado llegó,
sin descubrirse la cara,

diciendo: ¡qué buen relóx!
veámosle, camarada.
Alargó el relóx, diciendo,
relóx, persona y espada
están al servicio vuestro.
Y sin replicar en nada,
se quedó con el relóx,
y dándole á la Dama,
dice: recibe, Señora,
aquesta pequeña alhaja
de un criado de los tuyos.
Llegó otro, diciendo; saca,
Caballero, si es que traes
de tabaco alguna caja,
y tomaremos un polvo:
sacó una caja de plata,
tomaron todos tabaco;
pero al fin de la jornada
hicieron la misma acción,
pues luego pasó la caja
á acompañar al relóx
á las manos de la Dama.
Viéndose el buen Caballero
en confusión tan estraña,
en su corazón pedía
á la Virgen soberana
del Carmen que le librase
de aquella infame canalla.
Y les dice: amigos míos,
mucho estimaré en el alma,
que ustedes me den licencia,
que es tarde y hago gran falta,
que tengo de despachar
para mi tierra unas cartas.
Le dijo con disimulo
un embozado á la Dama:
si ahora le parece tarde,
mas tarde será mañana.
Y los otros dos le dicen:
Caballero, si mi ama
gusta de que usted se quede
á cenar en su compañía,
pues nada usted pierde en ello,
no hay que replicar palabra,

que aquí se otorga por fuerza
lo que no se hace por gana.
Viendo aquesto el Caballero,
de esta manera les habla:
pues que me quedo, Señora,
á cenar en tu compañía,
un gusto me habeis de hacer,
que pues tengo yo en mi casa
un buen vino de un presente
que recibí esta mañana,
mejor que este que teneis,
es mi gusto que se traiga;
y así, si quereis, llamad
á mi criado que vaya,
y una poca de mistela
juntamente con él traiga,
que para estas ocasiones
la tengo también guardada.
Llaman arriba al criado,
por escusar que bajara
el amo, y le diera cuenta
de lo que allí le pasaba.
Le dice el amo al criado:
anda, ve ligero á casa,
y en la papelera grande
allí encontrarás tapadas
dos redomas de mistela,
y mas abajo en el arca
cuatro encontrarás de vino:
toma las llaves y marcha;
tráelas y ven ligero,
que la cena nos aguarda,
que estoy aquí convidado
á cenar con esta Dama.
Al tiempo de dar las llaves,
sin que nadie lo notara,
le apretó el amo la mano
con una fuerza extremada.
Novedad le hizo al criado
esta acción jamás usada,
y ver también los tres hombres
que embozados allí estaban.
Se fue á su casa ligero,
y abriendo al instante el arca

en busca de las redomas, y
halló que allí solo estaban
cuatro fuertes carabinas;
y á la papelera marcha,
donde halló un par de pistolas:
pasmado quedó al mirarlas,
porque al instante pensó,
que en aprieto su amo estaba.
Salió á la calle ligero
cargado de todas armas,
encontró con un soldado,
que era grande camarada,
y le dió cuenta de todo
lo que con su amo pasa:
partieronse los dos juntos
donde está el cuerpo de guardia,
dieron cuenta al oficial,
el cual al instante manda
que vayan diez granaderos
con la bayoneta armada.
Todos á la casa llegan,
á la puerta el criado llama,
bajó la criada á abrir,
y luego que abre, la agarran,
diciendo: calla, y si no
la muerte tienes cercana.
Y así con grande silencio
todos suben á la sala,
sino dos que se quedaron
abajo de retaguardia.
Entran á tiempo que ya
aquella infame canalla
al pobre del Caballero,
las manos atrás atadas,
tendido en el duro suelo
lo tenían, y esperaban
á que el criado viniese
para que le acompañara
en la muerte; y al instante
con valentía bizarra
se arrojan los granaderos
sin darles pie de ventaja.
A todos tres aprisionan,
tambien á la falsa Dama:

desatan al Caballero,
que á todos les dió las gracias.
Empiezan luego á mirar
todos los cuartos y salas,
por ver si habia mas gente;
pero no encontraron nada,
solo vieron una puerta
con dos candados cerrada;
les piden que den las llaves,
y ellos por respuesta daban,
que no se manda en el cuarto
que es de la vecina casa.
Los candados arrancaron,
las puertas al suelo echaban,
todos se quedan confusos
viendo lo que dentro hallan,
pues es cosa que horroriza
solamente de contarla.
En tres artesas tenían
cubiertos de sal y agua
á tres racionales cuerpos;
y mirando mas la cuadra
encontraron de otros seis
solamente las estatuas
arrimadas á un rincon
con una estera tapadas.
A la Inquisicion avisan,
y acuden con vigilancia:
llevan presos á los reos:
luego los Señores mandan
que á aquellos difuntos cuerpos
se les dé tierra sagrada,
y que á los reos les carguen
de prisiones muy pesadas,
donde esperan por instantes
que se substancie la causa.
Con esto Muñoz ofrece
el dar relacion mas larga
en otra segunda parte
del suceso de la causa,
y el castigo egecutado:
y postrado ahora á las plantas,
suplica que le perdonen
de esta primera las faltas.